



ESTHER VILAR

Foto Caann Verlag

ESTHER
VILAR

el varón polígamo



el varón polígamo

ESTHER
VILAR



EL VARÓN POLÍGAMO

Esther Vilar

«El varón polígamo» es un libro sobre el amor. A diferencia de la mujer, el hombre puede mantener relaciones íntimas simultáneas con varias compañeras. Los motivos estriban en el comportamiento oportunista de la mujer. Ésta se hace pasar por una adolescente desvalida ante el hombre, y lo induce a «adoptarla». Mediante tal procedimiento, le impone asimismo la poligamia: cualquier hombre emparejado con una mujer añorada necesita, por añadidura, otra mujer auténtica: una amante. Pero como ésta persigue, a su vez, ese amparo, el hombre busca una tercera, y así sucesivamente. Puesto que la mujer degrada a su amante convirtiéndolo en proveedor, conduce el amor masculino por derroteros erróneos y, de paso, destruye el suyo propio, porque el hombre, en su condición de «padre», tampoco representa para ella el amante ambicionado. Esther Vilar ha armado un verdadero re-

(Continuación en la 2.^a solapa)

vuelo, ha constituido un fulminante éxito editorial. Ya su obra anterior, «El varón domado», despertó una auténtica tempestad de comentarios. De su segunda obra, «El varón polígamo», ha dicho la crítica:

«Como todos los moralistas, será odiada e insultada por la mayoría de sus contemporáneos. Pero ante un espejo no cabe argumentación alguna; lo único que podemos hacer es destruirlo.»

W-NBC, Nueva York

«Sin temor y abiertamente, la más discutida autora de bestsellers de Alemania vuelve a la carga con un nuevo libro.»

Newsweek, Nueva York

«Haciendo caso omiso de todas las presiones y ataques, esta escritora desencadena una nueva gran ofensiva.»

Sunday People, Londres

«Se trata de una obra asombrosa... Contiene brillantes pasajes.»

Die Weltwoche, Zurich

«Llena de entusiasmo, nada contra la corriente.»

Le Figaro, París

«Con el tiempo será llamada el crítico de la sociedad de su época.»

Claire Merlot-Simonet

Título original:

DAS POLYGAME GESCHLECHT

Traducción de

MANUEL VAZQUEZ

Portada de

ALVARO

Primera edición: Febrero, 1975

Segunda edición: Abril, 1975

Tercera edición: Mayo, 1975

Cuarta edición: Junio, 1975

Quinta edición: Julio, 1975

Sexta edición: Julio, 1975

©1975, Esther Vilar

© 1975, FLAZA & JANES, S. A., Editores

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en alemán con el título de

DAS POLYGAME GESCHLECHT

(ISBN: 3-57121-012-9. Caam Verlag. München. Ed. original.)

Este es un libro sobre el amor. Analiza lo que es el amor, lo que podría ser y lo que las mujeres han hecho de él.

E. V.

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-80520-1 — Depósito Legal: B. 32.284 - 1975

**¿EXISTEN DOS AMORES DISTINTOS
ENTRE HOMBRE Y MUJER?**

EL «VERDADERO» AMOR

Imaginemos la siguiente escena de un supuesto guión cinematográfico:

Sol, mar, playa solitaria..., un hombre y una mujer.

El hombre. —Estás muy callada, querida. ¿Qué te sucede?

La mujer. —Nada.

El hombre. —Vamos, cuéntamelo.

La mujer. —No sé cómo explicártelo.

(Breve pausa.)

—Me he propuesto abandonarte.

El hombre. —¿Hay algún otro?

La mujer. —Sí.

El hombre. —¿Estás segura de quererlo?

La mujer. —Sí.

El hombre. —¿Más que a mí?

La mujer. —Me sería imposible seguir viviendo sin él.

El hombre (pasándole un brazo por la espalda).
—Estupendo.

La mujer. —¿Cómo has dicho, por favor?

El hombre. —Dije «estupendo»... ¡Quédate con él!

La mujer. —¿Te alegras?

El hombre. —¿Por qué no habría de alegrarme?

La mujer. —Entonces... ¿ya no me quieres?

El hombre. —Al contrario.

La mujer. — ¿Me quieres todavía?

El hombre. —Te quiero y, por tanto, deseo verte feliz. ¿Acaso esperabas otra cosa?

Más tarde, cuando el productor lee ese guión y llega al susodicho pasaje, agarra el teléfono y pide comunicación con su autor. Empieza preguntándole si ha perdido el juicio: evidentemente, usted ha intentado representar una escena de amor, le dice, pero tales escenas amorosas no ocurren nunca en la vida real. Cuando son *auténticas*, el hombre parte el cráneo a su mujer o, por lo menos, intenta hacerlo. Luego salta al coche, arranca haciendo chirriar los neumáticos y vapulea a su rival.

Sin embargo, el autor se resiste a hacer modificaciones: el hombre realmente enamorado de su mujer, responde, se comporta así y nada más, pues el verdadero amor es, ante todo, abnegado.

Si el productor se prestara a proseguir la polémica se pondría seguramente de manifiesto que existen, por fuerza, dos clases bien distintas de amor entre hombre y mujer: uno condescendiente y otro vengativo, uno altruista y otro posesivo, uno donador y otro recipiente...

¿Es cierto eso? ¿Existen dos formas diferentes

de amor entre hombre y mujer, dos formas diametralmente opuestas por su misma esencia? ¿O hay tan sólo un amor *verdadero* y otro *falso*?

¿Cómo se explica la existencia de tantos equívocos acerca de un fenómeno que ha sido experimentado, en definitiva, por cada persona adulta al menos una vez, e investigado con suma minuciosidad por varias generaciones de psicoanalistas, un fenómeno que viene siendo, desde remotas fechas, el tema predilecto de literatos, compositores y otros artistas?

¿Qué es el amor?

OBJETO DE PUPILAJE Y COMPAÑERA SEXUAL

Si se quiere hablar del amor, será preciso, ante todo, remontarse a sus orígenes: el hecho de vivir y encontrar vida a nuestro alrededor debe estribar en unos principios específicos. Es decir, cuando hallamos algo viviente sobre este planeta o cualquier otro, cabe presuponer que dicho algo está sujeto a ciertas leyes cuya finalidad es, en última instancia, el producir vida con materia inanimada. De otra forma no lo hallaríamos jamás. Si significamos por vida el principio general de la *evolución* —o *variación y selección natural* según lo denominó Darwin— debemos incluir también la muerte que implica aniquilamiento, porque, de lo contrario, se agotaría rápidamente el material necesario para las evoluciones.

Así, pues, un ser animado debe responder, por lo menos, a tres «principios fundamentales de la vida»:

- 1) conservar la propia vida (conservación)
- 2) transmitir vida antes de su muerte para que subsista la vida propiamente dicha (reproducción)
- 3) mantener la vida de aquellos a quienes les ha sido transmitida mientras no estén en condiciones de hacerlo por sí mismos (crianza).

Es decir, el viviente llamado ser humano está sometido a los principios de *conservación, reproducción y crianza*, pues, de otro modo no estaría presente.

El *instinto de conservación* es *asocial* hasta cierto punto, ya que tal inquietud atañe exclusivamente a la propia persona. Por el contrario, la *reproducción* y la *crianza* son mecanismos *sociales*. Nosotros no podemos efectuar a solas la reproducción, cuya evidente carencia de incentivos ha sido paliada con el *impulso sexual*. Igualmente se orienta hacia otros el impulso protector.

Aquellos otros a quienes necesitamos para desarrollar nuestros impulsos sociales son *compañeros sexuales* u *objetos de pupilaje*, según el impulso social que nos propongamos satisfacer con ellos.

Es natural ver en esos dos impulsos sociales los fundamentos biológicos del *amor*, pues su consecución más intensa y duradera —la inclinación hacia un compañero sexual o los propios hijos— es amor. Quien tenga un amante o una amante se sentirá feliz. Saciará con él o ella tan frecuentemente

como sea posible su apetito sexual y le dirá que lo quiere. Si esas relaciones se rompieran, él diría que sufre «penas de amor». Y ese estado subsistiría hasta que encontrara un sustituto, es decir, «un nuevo amor».

Quien tenga un objeto de pupilaje, procurará protegerlo. Incluso arriesgará su vida en el empeño, querrá siempre lo mejor para él y le reiterará sin cesar su amor. Si lo perdiera se sentiría desdichado y diría que se había quedado sin el ser más querido en el mundo.

Asimismo, cualesquiera sean las personas amadas —objetos de pupilaje o compañeras sexuales—, nosotros empleamos una vez y otra la misma palabra: amor. Sin embargo, el significado de ésta varía fundamentalmente con arreglo a su naturaleza. Un objeto de pupilaje debe satisfacer ciertas premisas para que uno desee protegerlo; tales requisitos son incompatibles con los de una compañera sexual, e inversamente. Esto quiere decir que las cualidades de una persona determinan el tipo de necesidad biológica que nos proponemos satisfacer con ella. Y, en última instancia, determinarán también el tipo de amor que deseemos consagrarle.

¿Cuáles son esas cualidades?

¿QUÉ ES UN OBJETO DE PUPILAJE?

Para atraer hacia sí el instinto protector de otros, una persona debe satisfacer tres premisas fundamentales: ser *inferior físicamente* a quien haya de protegerla, evidenciar asimismo una *inferioridad intelectual* y *asemejarse* al valedor.

Parece innecesario elucidar la indispensabilidad de las dos primeras cualidades, pues sería descabellado intentar proteger a quien tuviera mayor o similar fortaleza física e intelectual. La *diferencia generacional* es la premisa idónea para ese contraste indispensable de las fuerzas intelectivas y físicas. Por ello, las relaciones entre padres e hijos representan el mecanismo que funciona con menos fricciones,

Resulta aún más fácil demostrar el carácter imprescindible de la *semejanza*. El amor profesado al objeto de pupilaje estriba en un motivo cuya simplicidad es tan obvia como su efectividad: la identificación. Yo necesito verme reflejada en mi protegido; él debe parecerse a mí todo lo posible. Si uno

quisiera proteger a otro, simplemente porque es más débil, podría ocurrir que algunos queden postergados —por ejemplo los congéneres— y otros sean los preferidos. El «egoísmo colectivo» es, hasta cierto punto, el más elemental, efectivo y «justo» de todos los mecanismos sociales: cada cual vela, ante todo, por sí mismo y los suyos. Es el recurso que ha permitido sobrevivir a los animales sin necesidad de legislaciones sociales ni ideologías.

Precisamente entre los animales se hace sobremanera ostensible el hecho de que ese instinto protector se rija por la semejanza: cuando una hembra engendra una cría desemejante de ella, la repudia sin compasión. Tal similitud no es referible únicamente a la apariencia, pues también pueden existir —enfocándolo desde nuestro ángulo visual humano— otras afinidades accesorias como, por ejemplo, el olor similar. Esta igualdad puede o más bien debe ser parcial, pero allá donde impere tendrá un carácter determinativo sobre la vida y la muerte. Cualquier niño sabe que cuando encuentra un pajarillo caído del nido no debe agarrarlo con las manos para reintegrarlo a su lugar, porque la madre lo rechazaría apenas percibiera el exótico olor. Si se quiere conseguir que una madre de cualquier especie animal adopte a una cría huérfana, se precisarán diversos procedimientos delusivos cuya finalidad será siempre la de simular cierta igualdad con la madre adoptiva. Mientras tanto, ésta no se mostrará dispuesta a cuidar del pequeño animal.

Asimismo, el ser humano se atiene al principio de la similitud para cuidar de su progenie. La ma-

dre es el elemento más propenso a la identificación con el recién nacido: lo ha sentido en las entrañas durante meses, él ha salido de su seno —el recién nacido es ella. Por otra parte, el padre sólo parece comprender que su hijo le resulta al principio bastante indiferente. Aun cuando se le repita hasta la saciedad que el niño es «la viva imagen del padre», él encontrará muchas dificultades para verlo así y tardará algún tiempo en reconocer tal similitud, pero será entonces cuando empieza a sentir *verdadero afecto* por su hijo.

Esa predisposición a la identificación inmediata (lo cual está vedado para el hombre) acredita a la mujer como el miembro más desinteresado del par progenitor. Ella no vacila ni un instante en ver a su hijo cual objeto de pupilaje, y como esa actitud estimula inmediatamente su instinto protector, se suele tener el amor maternal por un sentimiento más profundo que el paternal cuando en realidad se trata de una diferencia cronológica mínima entre las apariciones de dos sentimientos cuyas intensidades son idénticas y tienen orígenes exclusivamente biológicos.

Los padres quieren a sus hijos tanto como pueden hacerlo las madres, y el instinto protector masculino no cede en nada al femenino, según lo han demostrado suficientemente los experimentos sociológicos modernos y el intercambio de papeles en algunas civilizaciones primitivas.

ALTRUISMO

El hombre no es un simple animal, ni obedece solamente a sus impulsos como tal animal: él sabe distinguirlos, darles una interpretación consciente y distanciarse de ellos; también puede modificarlos o abstraerlos. Por ejemplo, puede generalizar el principio de la similitud e incluso reconocer su propia imagen en otros seres exóticos y desvalidos. Mediante su entendimiento puede vislumbrar, pese al dictado incierto de esos impulsos, que otros seres humanos de piel y pigmentación distintas se asemejan a él («los negros son también seres humanos», «los blancos son también seres humanos»), que los tullidos físicos y mentales se asemejan a las personas sanas. Esta «humanización» del instinto protector, únicamente factible en el hombre, es el *altruismo*. Amor al prójimo o altruismo equivale al instinto protector cultivado mediante la inteligencia.

El altruismo es sólo imperfectamente sustentado

por los impulsos. Al objeto de pupilaje le falta la semejanza «biológica», y por ello aquí no se sobrentiende, ni mucho menos, la necesidad de protegerlo.

A menudo se requiere gran fuerza persuasiva, y no pocas veces hace falta considerable «aplomo» para sobreponerse al primitivo instinto de lo igualitario. Consecuentemente, el altruismo figura también como una virtud.

Hasta ahora no se ha conseguido, ni en los países cristianos siquiera, practicar a gran escala la racionalización del instinto protector que predicara por primera vez Jesús. La enseñanza de Jesús —identificarse con el prójimo y obrar en consecuencia— sustituye una igualdad condicionada biológicamente por otra intelectual, arremete contra las premisas biológicas —denominándolas «malignas»— tal como lo hace, más o menos, el principio marxista de igualdad. Aquí se trata de valores «superlativos» justamente por su inasequibilidad: pues el valor de una cosa queda determinado por su mayor o menor singularidad.

Como norma general, uno sólo atiende a los *objetos imperfectos de pupilaje* cuando media una retribución. Ésta puede ser de naturaleza material o ideal: dinero, herencia, soledad atenuada, prestigio social, vida eterna en un lujo paradisiaco.

He aquí las variantes más frecuentes en los objetos imperfectos de pupilaje:
Inferiores con desemejanza física: enfermos, indigentes.

*Inferiores con desemejanza mental: psicópatas.
Inferiores con desemejanza física y mental: mu-
jeres y niños desconocidos.*

En otro pasaje analizaremos a la mujer como objeto imperfecto de pupilaje para el hombre.

Aquí debemos citar todavía otra variante del objeto de pupilaje que sería perfecta si no perteneciese a una especie no humana: según creen los psicólogos, la elección de un perro se funda en el principio de identificación, es decir, la similitud entre él y su futuro amo. Así, pues, los perros, y especialmente las razas caninas de menor tamaño, usufructúan el papel de auténticos hijos.

¿QUÉ ES UN COMPAÑERO SEXUAL?

Según se ha dicho, los requisitos para servir como objeto de pupilaje son la mayor semejanza posible con el protector y la mayor inferioridad posible en los terrenos físico e intelectual; por cierto, esta última condición se da en forma óptima en la disparidad generacional. Ahora bien, los requisitos para servir de compañero sexual son diametralmente opuestos. Éstos comportan el mayor contraste posible —cuanto más polar mejor— entre ambos copartícipes respecto a todo cuanto ellos conceptúen como específicamente sexual (cualidades físicas en su más hondo sentido), y la mayor similitud posible respecto a todo cuanto ellos conceptúen como no específicamente sexual (cualidades psíquicas en su más amplio sentido).

Todas las peculiaridades que acentúen el contraste entre yo y otro individuo del sexo opuesto, acrecentarán mis probabilidades de ser su compañera sexual..., siempre y cuando nos «entendamos»

ambos, es decir, seamos semejantes respecto a todo cuanto no conceptuemos como específicamente sexual. Los contrastes específicamente sexuales pueden tener un carácter más o menos genérico o bien más o menos individual, con lo cual se quiere significar que pueden referirse al sexo contrario en bloque o a una persona determinada del mismo. Por ejemplo, los hombres con barba cerrada, torso velludo, anchas espaldas, caderas caídas y largas extremidades son, generalmente, los preferidos. Las mujeres con epidermis nacarina, grandes senos y opulentas caderas suelen tener preferencia entre los hombres. Cuanto más se acumulen las polaridades individuales tanto mayor será la idoneidad de las relaciones sexuales. Esa fascinación proverbial que ejercen las mujeres rubias sobre los individuos morenos o las ojizarcas sobre los ojinegros, no es accidental ni mucho menos. Por eso, cada cual recurre a toda su habilidad para realzar la antítesis entre él y el otro sexo o un sujeto concreto del mismo; y cuando no se dé tal contraste, él o ella procurará simularlo, por ejemplo, desarrollando los bíceps mediante una gimnasia intensiva, agrandando los senos con postizos, cortándose los cabellos o bien dejándolos crecer hasta la cintura, etcétera.

Asimismo aquí encuentran su origen los comportamientos llamados «típicamente masculinos» y «típicamente femeninos»: estriban siempre en una simulación consciente o subconsciente de atributos sexuales específicos. Sonrisas frecuentes o insólitas, verbosidad o mutismo, contoneo o sobriedad en la marcha..., todo ello hace «más masculinos» o «más femeninos» a los seres humanos. Evidentemente,

son cualidades ficticias, según lo demuestra su sometimiento a la moda y su evolución inmediata tan pronto como ésta lo solicita. Las artistas cinematográficas del pasado tenían otra «feminidad» que las de Truffaut o Godard. Una mujer que se comportara hoy día como cualquier vampiresa de los años veinte no parecería femenina a un hombre, sino más bien grotesca.

La ley biológica prescribe una mezcla de factores hereditarios extremos. Quien pretenda descartarla o sustraerse a su dictado —quien no exhiba ninguna cualidad masculina o femenina ni haga el menor esfuerzo por aparentarla— tendrá escasas probabilidades de atraer hacia sí el impulso sexual de otros, es decir, escasas probabilidades para la reproducción.

Como ya hemos mencionado, a la polaridad de cualidades específicamente sexuales se agrega la similitud de todas las demás. Desde luego, en casi todos los casos existe cierta superioridad física del hombre sobre la mujer, lo cual es una cualidad específicamente sexual que suscita la atracción mutua. Ahora bien, tan pronto como esa diferencia sea excesiva —tan pronto como la mujer sea tan débil o finja ser tan débil que resulte imposible concebir la diferencia entre fuerzas físicas cual un factor específicamente sexual—, sobrevendrá una peligrosa alteración, pues el instinto protector del consorte más fuerte se interpondrá en el camino de su instinto sexual. Entonces éste temerá hacer daño a su compañera sexual y exagerará en su afán de

ahorrarle fatigas. Si a esa inferioridad física se agregara otra intelectual, la compañera sexual se convertiría paulatinamente en objeto de pupilaje. Planteada esa situación, el acto sexual (usualmente una especie de escaramuza) sólo sería posible cuando el más fuerte procurara refrenarse y sacrificar lo esencial. Así, pues, la igualdad del nivel intelectual es, junto con el contraste físico, una premisa necesaria para el amor entre hombre y mujer.

Una garantía muy aceptable para la similitud en los terrenos no específicamente sexuales es la *igualdad generacional*. Nosotros entendemos por generación el lapso transcurrido entre el nacimiento de un individuo y el de su primer descendiente, lo cual, en los seres humanos, equivale más o menos a veinte o veinticinco años. Sin duda, la sexualidad es una ocupación de personas adultas, pero cuando una de las partes cuenta con más de veinticinco años sobre la edad del otro y, por consiguiente, pertenece a la generación de los abuelos, se dan unas posibilidades relativamente mínimas para unas relaciones sexuales satisfactorias entre ambas partes. A decir verdad, hay casos en los que el dinamismo singular de una persona determinada consigue franquear durante algún tiempo esa frontera biológica. Sin embargo, tales excepciones confirman la regla. Realmente, las frecuentes uniones entre mujeres jóvenes y hombres cuya diferencia de edad representa más de una generación, no son una prueba convincente; todas ellas estriban siempre en unas premisas inalterables: el bienestar económico o el prestigio social de un hombre perteneciente, por lo menos, a la generación anterior. Si existiese algún mecanismo

biológico que impulsara a las jóvenes hacia los brazos de hombres excesivamente maduros, habría también matrimonios entre jubilados menesterosos y muchachas opulentas.

fica del amor sexual. El amor lógico es la actitud amorosa fundada en una «comprensión superior».

Como cualquier objeto del altruismo es siempre un objeto incompleto de pupilaje, el objeto del amor lógico será siempre un *compañero sexual incompleto*. Esto significa que se tratará siempre de una persona sin la suficiente antítesis física, es decir, poco «varonil» o poco «femenina», o bien sin la necesaria similitud psíquica, lo cual significa excesiva ignorancia o demasiada inteligencia. Se soportará un compañero sexual imperfecto mientras no sea asequible otro más completo, o mientras existan retribuciones y recompensas de muy diversa índole (dinero, un remedio a la soledad, prestigio social, engendramiento de objetos de pupilaje, y así sucesivamente).

Por otra parte, el «amor lógico» presenta formas extremas tales como visitas al burdel, onanismo, pornografía y lujuria contemplativa. Aquí la abstracción del amor auténtico es tan desorbitada que se le sustituye totalmente con las acciones simbólicas.

EL AMOR LÓGICO

Así como una persona puede racionalizar su impulso protector y transformarlo en altruismo, el impulso sexual tolera también semejante racionalización. A diferencia del animal, el ser humano puede renunciar temporalmente o para siempre a la actividad sexual por diversas razones, tales como los compromisos culturales o religiosos, el temor a las consecuencias o los beneficios resultantes de ciertos contratos, por ejemplo el matrimonial. Puede atemperar su impulso sexual en lugar de reprimirlo por completo, y conseguir su propósito mediante acciones compensadoras o transposiciones. Por ejemplo, si se da cuenta de su afecto hacia el posible compañero sexual X, cuyas cualidades lo cautivan, y se dice al propio tiempo que le es imposible conquistar a X, puede ocuparse de Y, quien no reúne todas las cualidades codiciadas; sin embargo, su ansia de actividad sexual es tan intensa que se mostrará dispuesto a aparejarse con Y. Nosotros denominamos *amor lógico* a esa racionalización especí-

TODOS LOS IMPULSOS SON MANIPULABLES

Recapitemos: los atributos que caracterizan a un objeto de pupilaje son aquellos opuestos diametralmente a los de un compañero sexual: los objetos de pupilaje y los protectores se asemejan por la apariencia, mientras que los compañeros sexuales son su antítesis; los objetos de pupilaje tienen una inferioridad física e intelectual respecto a su protector, los compañeros sexuales ocupan un mismo nivel. Esas cualidades de los compañeros sexuales y de los objetos de pupilaje, contradictorias en cada aspecto y excluyéndose mutuamente, condicionan los sentimientos que nos inspiran unos y otros, sentimientos asimismo incompatibles entre sí. El único —aunque trascendental— denominador común de tales sentimientos es el nombre que les hemos asignado: *amor*.

Retornemos ahora a nuestro ejemplo inicial, aquella polémica entre el productor y el autor sobre el *verdadero* amor. Según la opinión del autor, el amor verdadero se manifiesta cuando un marido en-

trega sin resistencia a su mujer al rival porque la felicidad de ella le parece más importante que la propia. Ahora bien, según lo estimamos nosotros, eso es amor verdadero sin duda alguna, pero... amor verdadero al prójimo. Pues el altruismo entre hombre y mujer no tiene la menor relación con el amor entre hombre y mujer. Los sentimientos inherentes al altruismo —desinterés, abnegación, tolerancia— son exclusivamente aquellos que nos inspiran los objetos de pupilaje. El hombre se manifestaría así ante una encantadora criatura, pequeña y huérfana. Tan sólo si el pupilo resultara ser una mujer —lo cual no es infrecuente cuando los hombres tienden a representar el papel de samaritanos— no sería tan fácil descubrir los distintivos del altruismo.

¿Por qué ha de parecernos tan razonable el criterio expresado aquí por el guionista? ¿Cuál es la razón de que se confunda tan a menudo el altruismo con el amor sexual? ¿Por qué hay una mayoría que conceptúa aún el altruismo como lo más importante precisamente en relación con el compañero sexual, y relega el amor sexual puro, apremiante, equitativo? ¿Por qué tiene una gran mayoría ciertos remordimientos cuando descubren que su pareja no les inspira sentimientos equiparables a los de un caso social (desinterés, abnegación, tolerancia) y entonces le confiesan avergonzados —cuando su amor es auténticamente sexual— que no la «quieren de verdad»?

Como ya hemos visto, todo resultará muy sencillo mientras nos dejemos guiar por nuestros im-

pulsos: tendremos hijos cual objetos de pupilaje y amantes cual objetos del sexo. Sin embargo, el ser humano no es un animal irracional: a diferencia de éste, percibe los impulsos y los somete a su raciocinio. Cuando lo quiere, protege a los objetos incompletos de pupilaje y se aparea con compañeros sexuales incompletos; asimismo cuando lo quiere manipula a un objeto de pupilaje cual un compañero sexual y viceversa.

Si el amor entre hombre y mujer ha sido desfigurado hasta semejar altruismo, es porque algo o alguien está adulterando un principio prístino de la Naturaleza.

Iniciando la investigación al estilo detectivesco para dar con el autor, preguntémonos primero quién puede haberse beneficiado de semejante manipulación.

¿Quién tendría suficiente poder para hacerla realidad?

AMOR Y PODER

¿QUÉ ES EL PODER?

El instinto procreador (impulso sexual) y el protector tienen un carácter eminentemente social a diferencia del instinto de conservación. En este último caso, el objeto del impulso es la propia persona, mientras que en los impulsos procreador y tutelar lo es el prójimo. Ello significa que estos dos impulsos nos hacen depender de otros, o bien colocan a otros bajo nuestra tutela. Por consiguiente, ambos son la clave para el poder o la impotencia.

Poder equivale a constituirse en objetivo de los impulsos sociales ajenos sin pretender satisfacer los propios impulsos sociales con un semejante. Siendo así, este semejante hará todo cuanto se le pida. *Impotencia* equivale a intentar o necesitar satisfacer los propios impulsos sociales con un semejante sin concentrar los impulsos sociales ajenos en uno mismo..., con lo cual se hará todo cuanto solicite ese semejante. Cuando uno intente poner bajo su tute-

la a alguien, la cuestión variará según emplee uno o ambos impulsos sociales, es decir, le dominará parcial o totalmente, ejercerá un poder *relativo* o *absoluto* sobre él. (Aquí estamos hablando del poder condicionado biológicamente; más adelante nos referiremos al condicionamiento psicológico.)

Así, pues, si se quiere averiguar cuál de ambas personas ejerce poder sobre la otra, bastará con preguntarse cuál se halla en situación ventajosa para manipular el impulso sexual o protector de la otra. Lo mismo es aplicable a las relaciones entre grupos humanos: clases sociales, razas, comunidades religiosas, generaciones, estirpes. Quienesquiera se encuentren en la posición inicial más provechosa, quienesquiera sepan atraer hacia sí los impulsos sociales de otros sin comprometerse, poseerán el poder.

Puesto que entre los impulsos sociales más importantes figuran siempre el instinto sexual y el de protección, sólo cabe plantear la cuestión del poder propiamente dicho en conexión con el sexo o la generación. El poder auténtico sobre otros puede tener objetos de pupilaje u objetos sexuales (en el sentido del poderío político el compañero sexual es también un objeto). Aparte eso, todo cuanto calificamos como poderoso se sustenta con la *autoridad*, es decir, dominio físico. *Yo obedeceré por obligación a quien tenga autoridad sobre mí, y serviré voluntariamente a quien ejerza poder sobre mí.* Una persona adulta de mi propio sexo, una clase social, una raza distinta o un grupo político sólo puede ejercer una autoridad sobre mí, es decir,

dominarme solamente cuando sea más fuerte. Por el contrario, es poderoso aquel con quien quiero o debo satisfacer mi impulso sexual o mi impulso protector. Aunque él fuera mil veces más débil, yo seguiría haciendo todo cuanto me pidiera. Así, pues, el poder es la faceta realmente interesante del dominio; la autoridad es secundaria y mucho menos eficaz.

¿QUIÉN TIENE EL PODER?

Si el impulso protector y el procreador poseen un valor determinativo para el poder y la impotencia, habrá tres bloques de poderío potencial entre los seres humanos:

- a) Niños (objetos de pupilaje): ejercen poder sobre sus tutores, es decir, aquellos hombres y mujeres que se cuidan de ellos.
- b) Hombres (objetos sexuales): ejercen poder sobre aquellas mujeres que los desean y, sin embargo, son impotentes ante los niños. (Sólo pueden ejercer autoridad sobre los niños.)
- c) Mujeres (objetos sexuales): ejercen poder sobre aquellos hombres que las desean y, sin embargo, son impotentes ante los niños. (Sólo pueden ejercer autoridad sobre los niños.)

Si nos atuviéramos a este esquema fundamental, ningún ser humano tendría poder absoluto sobre otros: hombres y mujeres aprovecharían el impul-

so sexual para dominarse recíprocamente, mientras que los niños ejercerían un poder parcial sobre los padres mediante el impulso protector.

Sin embargo, según hemos visto, el ser humano —a diferencia del animal— puede dominar sus impulsos y subordinarlos al raciocinio. Es decir, como tiene posibilidades para manipular los impulsos propios o ajenos, suele adquirir más poder biológico del que le corresponde. He aquí las más importantes entre tales posibilidades de manipulación:

- a) Los objetos de pupilaje pueden acrecentar su poder sobre los protectores al ofrecerse, por añadidura, cual compañeros sexuales.
- b) Los compañeros sexuales pueden acrecentar su poder sobre las parejas al ofrecerse, además, cual objetos de pupilaje.
- c) Los compañeros sexuales pueden acrecentar su poder sobre la parte contraria al reprimir la propia sensualidad e imponer así a sus parejas una dependencia sexual unilateral.

Presupongamos que la persecución del poder es una tendencia humana muy generalizada y que los tres bloques dominantes intentan incrementar su poder mediante la manipulación del impulso procreador y de la crianza. Pues bien, ¿cuál de esos tres grupos —niños, hombres, mujeres— se encontrará en condiciones más ventajosas para alcanzar tal objetivo?

Los *niños* sólo podrían acrecentar su poder teó-

ricamente ofreciéndose a sus protectores como compañeros sexuales. Sin embargo, ello no sería factible porque la sexualidad requiere madurez del sexo. Por consiguiente, los niños dominan únicamente a sus tutores valiéndose del impulso protector, con lo cual este poder tiene unas limitaciones biológicas.

Los *hombres* sólo podrían acrecentar su poder teóricamente reprimiendo su propia sensualidad, por cuyo medio impondrían una dependencia sexual unilateral a las mujeres. Pero como son casi siempre superiores física y mentalmente a sus compañeras, consiguen muy raras veces activar en beneficio suyo el impulso protector de éstas. Por tanto, el poder absoluto de los hombres sobre las mujeres tiene lugar tan sólo en casos excepcionales.

Las *mujeres* sólo podrían acrecentar su poder teóricamente reprimiendo su propia sensualidad, por cuyo medio impondrían una dependencia sexual unilateral a los hombres. Pero como son casi siempre inferiores física y mentalmente a sus compañeros, pueden atraer hacia sí el impulso protector masculino. Por tanto, ellas son las únicas personas en condiciones favorables para ofrecerse a otras como objetos de pupilaje y compañeras sexuales, como seres subordinados y polarizantes. Asimismo, representan el único de los tres bloques dominantes con posibilidades para dominar totalmente a otro, el masculino.

Mientras todos los seres humanos se afanan por acaparar poder, sería absurdo suponer que las mujeres renunciasen mansamente a tal oportunidad.

EL PODER DEL MÁS DÉBIL

Según dijimos, un objeto de pupilaje debe ser inferior y similar. Así, pues, cuando una mujer pretenda ganar los privilegios inherentes al objeto de pupilaje, sólo podrá conseguirlo si se cumplen las dos premisas siguientes: necesita ser más débil que el hombre cuya protección persigue y, también, debe tener menos inteligencia. Cuando no se den tales premisas, será preciso simularlas por lo menos. La otra condición —similitud física con el protector— es inalcanzable para la mujer. Por tanto, ésta deberá ofrecerse al hombre elegido cual una especie de niño ficticio, como un *objeto incompleto de pupilaje*. Ello significa que procurará convertirse en objeto del *altruismo* masculino.

La mayor dificultad durante esa manipulación de los impulsos consiste en dar la impresión de debilidad física ante el protector potencial. Pues, por lo general, la mujer es una estructura humana bastante sólida: con sus opulentos senos, anchas caderas

y macizos muslos se asemeja más a las matronas de Picasso que a esas exquisitas maniqués de las páginas publicitarias en las revistas ilustradas. Por añadidura, las mujeres son más resistentes que los hombres: según las estadísticas, el índice de mortalidad infantil alcanza cifras mucho más elevadas entre los niños que entre las niñas, y aunque el cuerpo femenino sufra durante la menstruación, el embarazo y la lactancia mayores deterioros que el masculino, las mujeres de países civilizados viven, como término medio, cinco años y hasta siete más que el hombre.

Así, pues, la inferioridad biológica de la mujer es una cuestión muy relativa: se manifiesta en la fortaleza muscular pero, aparte eso, resulta imperceptible. Por consiguiente, para poder manipular los impulsos, es necesario exagerar hasta el grado máximo esa insignificante inferioridad y, por el contrario, minimizar la superioridad en los restantes sectores biológicos.

Si las mujeres no transportaran, levantarán ni empujarán grandes pesos en presencia de los hombres, su peculiar debilidad resaltaría siempre bajo una luz apropiada. Si lloraran con oportunidad, se pensaría que su sistema nervioso es más endeble. Si se arrebujaran en delicadas prendas y, utilizando sabiamente el maquillaje, adoptarían un aspecto enfermizo, se las creería al borde del desmoronamiento físico.

En fechas no muy lejanas todavía se incorporaba el desvanecimiento fingido a esa representación teatral. Resumiendo: mostrándose así, preferiblemente en compañía de hombres más altos y

mayores que ellas, conseguirán realzar su fragilidad ficticia.

Por consiguiente, todo estriba en exagerar cuanto sea posible la diferencia ya existente de fuerzas entre el elemento protector y el protegido. Mientras tanto, el proveedor desconoce la superior resistencia física de su mujer, y fenece cuando está a punto de descubrirla. Por ejemplo, las viudas americanas suelen morir, como promedio, once años después que sus sustentadores.

EL PODER DEL MÁS LERDO

Ahora bien, la mayor sinecura de una mujer en esa pugna por gobernar el impulso protector masculino, es su inferioridad intelectual. La diferencia muscular no bastaría nunca por sí sola para convertir a una mujer determinada en objeto de pupilaje de un hombre determinado. Aunque se esforzara lo indecible, conseguiría, si acaso, aparecer ante él tan desvalida como un chino ante un sueco..., y esto no es suficiente, ni mucho menos, para proporcionar a una persona adulta los privilegios propios de un niño. Una mujer sólo resultará irresistible cuando sea más débil que su marido y, por añadidura, menos inteligente. Así, pues, una mujer dispuesta a dejarse alimentar, deberá procurar, ante todo, no aparentar inteligencia. Si posee tales dotes y las deja entrever por descuido, le convendrá ocultarlas, al menos mientras el marido no haya legalizado de puño y letra sus designios abastecedores.

Ello resulta sobremanera ventajoso, puesto que la exhibición de torpeza —contrariamente a la de inteligencia— no cuesta esfuerzo alguno. Uno no se hace lerdo, uno permanece lerdo. Según se ha demostrado al nivel de la ciencia contemporánea, el hombre sano y la mujer sana, sean pobres o ricos, negros o blancos, nacen con idénticas facultades intelectivas. El desarrollo de tales facultades puede paralizarse por falta de estímulo o por una competencia insuficiente. El primer caso es una consecuencia de la pobreza y tiene lugar entre las clases sociales menos favorecidas. El segundo es consecuencia del lujo y tiene lugar entre las mujeres. El matrimonio significa siempre que el marido debe sustentar a la esposa, y como casi todas las mujeres ponen sus miras, incluso antes de la pubertad, en una futura solución matrimonial, quedan al margen de toda competencia desde un principio. Ellas saben que más adelante no necesitarán hacer nada y, por tanto, tampoco aprenden nada.

No obstante, las mujeres de tiempos pretéritos eran más propensas todavía que las coetáneas al cultivo de su inferioridad intelectual. Como casi todas las tareas «extradomésticas» requerían aún gran esfuerzo físico —pues se vivía aún de la caza, se solventaban los litigios con la espada y cada cual se construía su propia vivienda—, es lógico inferir que fuera el hombre y no la mujer quien compitiera y se viera obligado a desarrollar su intelecto mediante la experiencia. La mujer estaba ligada al hogar, la prole era numerosa —no había ninguna posibilidad de controlar la natalidad y, por tanto,

una mujer estaba encinta durante la mayor parte de su vida—, y, en definitiva, resultaba casi imposible confundir las misiones laborales de hombres y mujeres.

Pero esa situación ha evolucionado lo suyo de entonces acá. En los países industrializados son ya muy escasas las tareas que precisen un rendimiento físico inaccesible para la mujer, se regulan o evitan los embarazos —con el consiguiente empequeñecimiento de la familia—, y los hombres pueden atender también al lactante desde el invento de la leche materna artificial. Dicho con otras palabras: hoy día, cualquier mujer puede alimentar a su marido e hijos —tal como se cuida un hombre de su esposa y prole— y competir en muchos campos con otros proveedores hasta el punto de posibilitar la equiparación entre ambos sexos. Los dos o tres embarazos sufridos como promedio por una mujer según rezan las estadísticas, no comportan inconveniente alguno; sólo significan que deberá interrumpir sus actividades sustentadoras durante cuatro semanas, aproximadamente, dos o tres veces en su vida. No justifican siquiera la necesidad de ahorrarle el servicio militar: a decir verdad, hombres y mujeres podrían compartir prácticamente todos los cometidos de nuestro tiempo.

Siendo así, cuando una mujer quiere conservar la inferioridad intelectual y, por ende, estar más necesitada de protección que su compañero —lo cual suele ser el caso, evidentemente—, debe recurrir a un ardid. Como no puede enfrentarse con el hom-

bre y decirle sin rodeos que, por ser el más fuerte, le corresponde sentarse cada día ante el escritorio para mantenerla, procura educarlo de tal forma que jamás se le ocurra invertir esos términos colocándola a ella ante el escritorio para mantenerlo. «Un hombre auténtico —alecciona a su hijo— es el que se cuida de esposa e hijos.» Como los hombres no son educadores de la progenie, les resulta imposible tomarse el desquite e inculcar todo lo contrario a sus hijas. De ahí que las hijas sigan siendo más lerdas que los hijos.

El único intento realizado para proporcionar trabajo «extradoméstico» a las mujeres y promover así su desarrollo intelectual, proviene de las feministas. «Una mujer auténtica —dicen éstas al auditorio femenino— debe propulsar su propia evolución. Y sólo podrá hacerlo cuando trabaje fuera de casa como el hombre.» Pero esa treta es demasiado burda para que las mujeres se dejen convencer. Porque las mujeres son, sin duda, bobaliconas, aunque no tanto como suponen las feministas. Trabajar «a semejanza de los hombres», sería trabajar con la finalidad de procurar el sustento para toda una familia. Ahora bien, ambos compañeros no pueden trabajar simultáneamente: cuando llegan los niños ha de hacerlo *él* o *ella*. Hasta esas fechas, las mujeres han evitado siempre con éxito que sea *ella*: aun cuando se les venga dando acceso a todas las profesiones desde hace medio siglo, se conocen hasta ahora muy pocos hogares en donde una mujer haya optado por dedicar toda su vida a procurar sustento para un marido sano y la progenie. Cuando una mu-

jer decide trabajar hoy día, lo hace dejándose guiar por una de estas tres motivaciones: es soltera, o, si está casada, su marido no gana lo suficiente, o, simplemente, desea distraerse un poco («relacionarse con la gente»). Y, como en cada caso, llega raras veces a una auténtica competencia, su inferioridad intelectual se mantiene intacta. El hecho de que casi todas las mujeres profesionales ocupan cargos subalternos no es imputable a «la opresión del sexo femenino por el masculino», sino a la ociosidad de tantas mujeres que sólo quieren trabajar temporalmente y, por consiguiente, aceptan si acaso un adiestramiento preliminar deficiente cuando no rechazan toda instrucción. Nadie confía gustoso cargos de responsabilidad a mujeres que sólo conceptúan su profesión cual un *intermezzo* entre los años escolares y el matrimonio. Esto es también aplicable a quienes entienden la actividad profesional como un «hobby» porque no necesitan el dinero. En tales casos, sus colegas masculinos son más fiables, pues, para ellos, la cuestión reviste mucha seriedad.

Desde luego, ese lamentable cuadro perjudica a las escasas mujeres laboriosas, pero aquí la culpa no es de los hombres, sino de la gran masa femenina. ¿Cómo puede saber un empresario que se halla ante uno de esos casos excepcionales, una mujer que ejerce seriamente su profesión y no se propone abandonarla a la primera oportunidad?

Aunque aquellos viejos tiempos pasaron hace mucho a la historia, el monopolio de pechos y vagina sigue permitiendo que la mujer elija como le plazca su nivel intelectual. Una mujer es lerdá porque quiere serlo, un hombre es inteligente porque necesita

serlo. Dicho de otra forma: una mujer es un hombre que no necesita ser hombre; un hombre es una mujer que no puede ser mujer. Si los hombres poseyeran la misma facilidad de las mujeres para tomar determinaciones, continuarían siendo tan lerdos como ellas. Algunos hombres desconocen ese nexo entre causas y efectos y desprecian a las mujeres por su torpeza. Esto es comprensible. ¿Acaso deben confesarse que ellos mismos son más inteligentes simplemente porque de otra manera serían inútiles para los fines de las mujeres?

A la mujer le beneficia en el curso de sus manipulaciones que la torpeza no represente una ofensa para ella: pues podría ser inteligente si lo quisiera. He aquí una clara demostración: la mujer no se esfuerza por encubrir su inferioridad intelectual, sino que incluso alardea de ella para atraer hacia sí el impulso protector del hombre. Sólo a las mujeres con una excepcional escala de valores masculinos les resulta imposible soportar que se las tenga por innecesarias. Ahora bien, tales mujeres son casos excepcionales, pues, sin duda, deben de haber sido educadas por sus padres, es decir, deben de haber tenido una madre que se habrá ocupado de sustentar durante diez años como mínimo a su esposo e hijos.

LA PAREJA IDEAL

El ser objeto de pupilaje de un hombre significa confiarse a sus cuidados..., significa seguridad material. El ser compañera sexual de un hombre significa hacerse codiciar por él..., significa sensualidad. Partiendo de ahí y considerando que casi todas las mujeres eligen hombres superiores a ellas, parece permisible hacer este aserto: la mujer aprecia la seguridad más que la sensualidad y atribuye más importancia al altruismo de su marido que al amor.

Quizá sea una casualidad que las mujeres prefieran tratar con hombres superiores a ellas por su estatura y fortaleza, pues casi todos los hombres son algo más altos y fuertes que casi todas las mujeres. Asimismo podría ser casual que las mujeres prefieran tratar con hombres superiores a ellas en conocimientos, pues casi todos los hombres necesitan saber más que casi todas las mujeres, porque así se lo exige la lucha por la existencia, una pugna en donde no suele participar la mujer. Sin embar-

go, no es una casualidad que las mujeres traten preferentemente con hombres de edad superior a la suya. Y tampoco es casual que en una pareja se perfilen y distingan entre sí esas cualidades: esposa más menuda y débil, más lerda y joven; marido más alto y fuerte, de mayor edad e inteligencia.

La pareja ideal —una pareja en la que el hombre supera en todos los terrenos a la mujer— es una creación femenina. Si las mujeres tienen el poder, poseerán también la facultad de elegir. Aquí ocurre como en el mundo de los negocios: los hombres hacen sus ofertas, las mujeres escogen la más conveniente. Si eligen a un hombre superior, asegurarán para siempre su manutención. Si eligen a uno inferior, se darán dos circunstancias negativas: primera, él no podrá mantenerlas tan bien como el otro, y, segunda, tampoco querrá hacerlo porque su compañera no le parecerá suficientemente necesitada de protección.

Los muchachos endebles y de escasa talla saben, ya en la pubertad, cuán difícil es encontrar una amiga o novia. Y, cuando alcanzan la edad adulta, ven confirmada definitivamente su inferioridad. Entonces necesitarán apuntarse muchos éxitos profesionales si quieren conquistar a una mujer atractiva. Quizá sea éste el motivo de que se atribuya al hombre pequeño una medida extraordinaria de ambición y dinamismo.

Los hombres marcados por la extrema sencillez o el fracaso profesional no conquistan jamás mujeres superiores a ellos en el plano intelectual o pro-

fesional. Cuando una mujer se casa, asciende siempre la escala social; si lo hace un hombre, desciende invariablemente algunos peldaños de esa escala. Los médicos contraen matrimonio con enfermeras; las doctoras en Medicina suelen casarse con médicos jefes, pero no optan jamás por los enfermeros. Los directores comerciales se casan con sus secretarias, las mujeres que ocupan altos cargos empresariales prefieren conservar el celibato antes que ir a un «casorio» con el ayudante de su antedespacho. Incluso las jóvenes profesionales no creen tener suficiente con hombres de posición similar. Una azafata se casa con algún piloto o comerciante, pero en sus cálculos matrimoniales jamás figura un *steward* o camarero. Las elegantes encargadas de una *boutique* no pensarían, ni en sueños, desposarse con sus colegas de la moda masculina. «Un hombre debe estar en condiciones de protegerme», reza el lema. Y eso sólo puede hacerlo un sujeto cuando sea más alto, fuerte e inteligente..., «cuando sea posible mirarle de abajo arriba».

Buena prueba de que las mujeres se ofrecen como niñas a los hombres, es la diferencia de edades entre ambos cónyuges. Pues, aunque no haya razón alguna para que las mujeres no enmariden con hombres más jóvenes, las casadas son, generalmente, cuatro años menores, por lo menos, que sus consortes. Sin embargo, lo contrario sería más racional desde un punto de vista biológico. Si, como se ha comprobado, las mujeres viven cinco o siete años (según cada país) más que los hombres, deberían buscar esposos más jóvenes para evitar en la vejez

esa soledad cuya duración oscila entre los nueve y once años. Puesto que la capacidad femenina para el orgasmo subsiste prácticamente hasta la muerte —al decir de Masters y Johnson— mientras la masculina se agota entre los sesenta y setenta años, las mujeres no necesitarían renunciar al acto sexual durante una gran parte de su vida si se casaran con hombres más jóvenes que ellas. Sin embargo, esa circunstancia causa poca impresión en la mujer, pues como ella no busca un amante, sino un proveedor, prefiere elegir a los hombres de más edad. Un individuo de treinta años puede mantenerla mejor —aquí se sobrentiende el mantenimiento en su más amplio sentido— que un bachiller. Si acaso se podría utilizar al bachiller como amante, pero sin prescindir del proveedor. Para ello es condición indispensable que el proveedor ignore todo: de lo contrario podría perder el gusto por el trabajo.

Se comprende cuán importante es para las mujeres ese papel infantil protagonizado voluntariamente si se considera que muchas empiezan a dar datos falsos sobre su edad cuando no han cumplido todavía los treinta años. El falseamiento de la partida de nacimiento por parte de la mujer se ha generalizado tanto que, en muchos países, no se persigue ya judicialmente. Cualquier hombre sabe que el preguntar la edad a una señora es muestra de pésimos modales. Por añadidura, sería desatinado: porque si lo hiciera se le amonestaría o mentiría. Muchas empresas comerciales acostumbran publicar listas con los cumpleaños de cada colaborador, para que todo el mundo pueda felicitar

al interesado cuando llegue el momento: pues bien, en el caso de las empleadas, se suele indicar el día y el mes, pero se sustituye el año por tres puntos.

Naturalmente, aquí hay lugar también para otra explicación: una sociedad inmisericorde —dicen las feministas— impone esa maniobra a las mujeres. Pero, ¿por qué sólo a las mujeres y no también a los hombres? Sin duda, una mujer que pretende hacerse pasar por niña, está obligada a mantener una eterna juventud. Si se afana por rejuvenecerse y mostrar así la juventud ante los hombres cual la más valiosa cualidad femenina, no acatará un dictado implacable de la sociedad, sino que, más bien, desacreditará a aquellas mujeres de mayor edad o apariencia similar que, en definitiva, constituyen una parte nada despreciable de esta sociedad nuestra. El hecho adicional de que una actitud semejante desprestigie a su propio sexo, merece tan sólo una observación marginal. Eso no le preocupa. Pues si a las mujeres les importa muy poco el ser conceptuadas cual inferiores mentales entre los hombres, aún les importa menos figurar como insinceras. En su escala de valores, la sinceridad ocupa un peldaño ínfimo, justamente el asignado a la inteligencia. Aquí sólo interesa hacerse pasar por desvalidas, pues el desvalimiento es una propiedad que activa como ninguna otra el impulso protector masculino. Las mujeres no tienen pundonor ni lamentan esa carencia.

LA ADOPCIÓN

En contraste con los hijos naturales de cuya protección se ocupa uno espontáneamente, las mujeres son, tan sólo, objetos incompletos de pupilaje. El hombre las protege fundándose en un conocimiento superior: primero necesita tener la certidumbre de hallarse ante un ser indefenso. Por consiguiente, toda mujer debe competir con cualquier otro objeto incompleto de pupilaje. Huérfanos, enfermos, ancianos, alienados, menesterosos, cachorros y gatos extraviados están mucho más necesitados de amparo que las mujeres. Por ello, el problema primordial consiste en apartar todo lo posible al hombre de esos objetos desamparados para hacerle satisfacer exclusivamente con las mujeres su ávido impulso protector.

Ello no es tan difícil como pudiera parecer a primera vista: según suele decirse, casi todos los seres humanos practican el altruismo cuando media una recompensa..., bien sea dinero, prestigio social, un remedio a su soledad o vida eterna. Cuando las mu-

jerres proponen una interesante retribución a cambio del amparo solicitado, pueden contar sobre seguro con el altruismo masculino. Y eso es precisamente lo que hacen. Son los únicos objetos incompletos de pupilaje en condiciones de satisfacer el segundo impulso social del hombre: el instinto sexual. Según cree el sujeto masculino, dicha retribución eclipsa a todas las recompensas imaginables.

Ahora bien, una mujer que se ofrezca sin rodeos como objeto incompleto de pupilaje no podrá ser nunca una compañera sexual completa, pues, aun siendo parte complementaria de su consorte, le faltará el nivel intelectual necesario para desempeñar cabalmente semejante función. Pero como un hombre encuentra raras veces la compañera sexual perfecta —una mujer del mismo nivel intelectual y de apariencia muy femenina—, no tiene opción alguna. Si no quiere quedarse con las manos vacías deberá aceptar el altruismo en lugar del amor filial, y el amor juicioso en lugar del sexual. Para conservar algo, aun cuando sea poco, se conformará con una simulación: objeto de pupilaje y compañera sexual a medias, mitad niña y mitad mujer. «Desde luego, no es la amante de mis sueños —se dirá—, pero, por lo menos, puedo dormir con ella, y además... ¡la pequeña estaría tan indefensa sin mí!» Verdaderamente, la mujer no se le asemeja lo suficiente para ser su hija..., aunque, de todos modos, su inferioridad física e intelectual resulta evidente. Por otra parte, no tiene bastante inteligencia para ser una auténtica compañera sexual, y, sin embargo, su apariencia es distinta, no cabría imaginar nada tan opuesto a él.

Expliquémoslo con otras palabras: el hombre prefiere representar un papel paternal improcedente respecto a una persona adulta cuyo cuerpo le sirva ocasionalmente para calmar su apetito sexual antes que renunciar por completo a la satisfacción de los dos impulsos sociales más importantes. Como no encuentra la *esposa idónea*, acepta cualquiera de las mujeres que ofrecen diariamente numerosos padres para la *adopción*, y se compromete, mediante una ceremonia, a velar por su bienestar ocupando el lugar del progenitor. Nada parece sorprenderle, y quizá permaneciera impávido si oyese esta pregunta en boca del sacerdote o de la autoridad secular civil: ¿Acepta a «esta mujer» como hija? Lo principal es que la muchacha vestida de blanco, con su ramo en las manos, dé rápidamente el sí... y asunto concluido. Como él sabe muy bien, todo culminará con una *adopción*; la niña reconocerá al nuevo padre, llevará su apellido en adelante y vivirá de su dinero. Además, representará ocasionalmente el papel de amante por si su consorte tuviera la ocurrencia de seguir buscando mujeres. Una vez nacido el primer objeto auténtico de pupilaje se consolidará tanto el poder de la «hija adoptiva» que las temibles probabilidades de perder al padre en favor de una mujer genuina serán relativamente ínfimas. Cada vez se descuidará más el papel de amante empleado al principio como señuelo y, un buen día, la presencia de los hijos será el único recordatorio de que durmieron juntos antaño.

EL PODER DEL MÁS INDIFERENTE

Cuando una mujer anteponga el papel de hija al de amante será ese primer paso lo que condicione verdaderamente el segundo. Una «hija» no debe manifestar en ningún caso excesivo interés sexual, pues, de lo contrario, resultaría inverosímil y perdería los privilegios infantiles. Así, pues, una mujer que pretenda pasar por objeto de pupilaje ante el marido necesitará, forzosamente, reprimir su instinto sexual. Deberá estar en condiciones de manejar la sexualidad para beneficio propio, es decir, con un hombre que se le antoje adecuado como padre, no con uno que perturbe y enardezca sus sentidos. Y si las circunstancias lo requieren, deberá rehusar todo trato carnal mientras él no la adopte o deje entrever sin ambages su designio de *adopción*. El ver un compañero sexual en ese hombre implicaría el fin de su poder. Entonces ella no tendría ya ganas de apelar a su impulso protector —pues, ¿qué puede hacerse con un amante deseoso de ampararla?—,

mientras que su instinto sexual la haría depender de él tanto como él dependería de ella.

Según hemos dicho, el permanecer lerda es puro lujo y no cuesta esfuerzo alguno. El permanecer indiferente requiere bastante dominio sobre sí mismo, pero, evidentemente, la mujer opina que vale la pena hacer tal sacrificio.

Así como hombre y mujer nacen con idénticas facultades intelectivas, idéntico instinto de conservación e idéntico impulso protector, llegan también al mundo con los mismos requisitos para una vida sexual activa. Sin embargo, les es posible condicionar el placer de la sexualidad: monjas y sacerdotes nos ofrecen un buen ejemplo de ello. Ahora bien, las monjas, siendo mujeres, inician el adiestramiento mucho antes que sus colegas masculinos, por lo cual los deslices y escándalos son bastante más raros entre ellas.

Respecto a las restantes mujeres, no hay necesidad, ni mucho menos, de una abstención completa..., por el contrario, la frigidez absoluta sería incluso perjudicial, pues podría habituarlas a rechazar de plano lo sexual hasta no utilizarlo siquiera en el trueque para arrogarse los privilegios inherentes al objeto de pupilaje. Una encuesta pública realizada no hace mucho entre varios millares de italianas pertenecientes a todos los estamentos sociales,* reveló con cuánta facilidad puede conducir el condicionamiento del instinto sexual a la frigidez. Cuando

* *Doxa*, Roma, 1974.

se les pidió su opinión sobre la sexualidad, resultó que el 36 % de dichas mujeres, cuyas edades oscilaban entre veinte y cincuenta años, no mostraron el menor interés en el coito matrimonial, y declararon no tener inconveniente en renunciar a él. Tal medida de indiferencia sexual es excesiva y algo perturbadora. Aquí sólo importa ser el más indiferente de ambos cónyuges..., pues el poder corresponderá siempre a quien tenga el instinto sexual más debilitado.

Hoy día, la frigidez parcial no comporta ya desventajas. Antaño, una mujer fría abandonaba la cama sin orgasmo, hoy su compañero debe compensar ese anhelo insatisfecho. En la era de los *playboys*, un hombre sólo puede vanagloriarse de ser un perfecto amante cuando procura que una mujer frígida o, para expresarlo con otras palabras, una mujer que no lo desea, alcance la acmé. Numerosos prontuarios populares describen el procedimiento. Aun cuando sea posible hacer alcanzar la acmé a cualquiera —inclusive a la mujer— mediante un estímulo exclusivamente mecánico, el hombre moderno sigue interpretando todavía el empleo eficaz de tal o cual técnica como una muestra de su atractivo.

Desde luego, aquí cabría preguntarse si el trueque de los amantes por los padres resulta verdaderamente provechoso para las mujeres. Sin embargo, tal pregunta no tendría sentido: las numerosas mujeres que se casan cada día con hombres de mucha más edad —e incluso con homosexuales— dan la

callada por respuesta. Sin duda, habrá motivos para que mujeres jóvenes se unan con hombres sexagenarios, pero la sexualidad no puede figurar entre ellos. Un sesentón no reúne ya las condiciones fisiológicas estrictas para satisfacer el apetito sexual de mujeres normales con edades comprendidas entre veinte y treinta años. Si, no obstante, lo consigue, será preciso pensar que ese apetito no existe, o sea que la culpa es de ella y no de él. Entre los hombres está muy generalizado el criterio de que la experiencia sexual aumenta el atractivo masculino, lo cual encuentra siempre una confirmación aparente cuando algún caballero maduro y acomodado conquista el corazón de una muchacha. Ello está desprovisto de todo fundamento auténtico.

Una prueba ostensible de que las mujeres constituyen el sexo más indiferente, es el fracaso de la prostitución masculina. Los escasos burdeles para mujeres instalados recientemente en diversas urbes son cada vez más frecuentados por homosexuales... por falta de clientela femenina. Ello no significa, claro está, que no haya mujeres tan interesadas en el sexo como un hombre corriente. Sin embargo, estas mujeres encuentran ofertas por doquier, no necesitan visitar el burdel, viven prácticamente en él.

Ahora las feministas afirman que la mujer burguesa no acude al burdel porque le da vergüenza. Pero, hasta ahora, es precisamente la mujer burguesa quien se ha avergonzado menos cuando se trata de satisfacer sus deseos. Bástenos recordar las numerosas mujeres de los estamentos sociales medio y superior que corretean por esas callejas arrebuja-

das en confortables abrigos cuyas pieles han sido obtenidas de una forma bárbara. Los periódicos informan invariablemente cada año sobre las tremendas matanzas de focas. El codiciado astracán de garras se confecciona con las pieles de corderos no natos Caracul, es decir, mediante el brutal procedimiento de provocar el aborto en la oveja preñada. Se cometen tales atentados por docenas para elaborar un solo abrigo. Pues bien, cuando una persona ha aprendido a costa de su propio cuerpo el significado de la preñez y, no obstante, se adorna sin reparo con las pieles de animales no natos, sería desatinado pensar que esa misma persona se avergüence de visitar un burdel para saciar el apetito absolutamente natural de la sexualidad.

LOS PADRES SON IMPOTENTES

Los hijos no *quieren* a sus padres, sólo buscan su protección: los necesitan, e incluso algunas veces los encuentran simpáticos. Cuando el padre y la madre saben dar a la satisfacción de su impulso protector la aureola de la abnegación, llegan a disfrutar del remordimiento y el agradecimiento filial. Sin embargo, eso no es amor, ni debe serlo: si los hijos quisieran a sus padres tanto como en el caso inverso, la vida se paralizaría, pues ellos querrían permanecer para siempre a su lado. Por regla general, el hijo abandona lo antes posible a los padres y busca su propio objeto de pupilaje. Muchos hijos no retornan nunca más y, si lo hacen, es para cumplir alguna obligación ineludible.

Los hijos sólo pueden querer verdaderamente a los padres cuando éstos envejecen y quedan desvalidos. Cuando concurren la endeblez física, la inferioridad intelectual y la similitud, un hijo adulto podrá querer a su anciano padre cual un objeto ge-

nuino de pupilaje. Entretanto, el amor paterno ha pasado al olvido: el objeto de pupilaje acepta a cualquiera que desee cuidarlo. Si otro le ofreciera mayores atenciones, permitiría que le cuidara esa otra persona, y asunto concluido. Ahí no se invierten grandes sentimientos: lo máximo que cabe esperar es una cierta lealtad. Porque, en este caso, se trata únicamente del instinto de conservación del protegido, y un impulso semejante es esencialmente asocial. Si estuviera fijado sobre una determinada persona, el protegido perecería si a esa persona le ocurriera algo.

Por consiguiente, si un hombre decide casarse con una mujer inferior a él —«adoptar una mujer»—, deberá saber desde un principio que no puede esperar ningún sentimiento afectivo de ella, salvo simpatía y agradecimiento. Pues, a decir verdad, una mujer se encuentra en situación más ventajosa todavía que una niña: no es, ni mucho menos, una niña auténtica, y si quisiera podría valerse por sí sola como un hombre. El hecho de que, no obstante, se deje aprovisionar por su marido es una deferencia personal y, como tal, se la puede invalidar en cualquier momento. De ahí que ella presente demandas singulares: el aprovisionamiento ofrecido debe ser excepcional, pues, de lo contrario, contratará a otro proveedor o, si las circunstancias lo requieren, se mantendrá por sus propios medios. A diferencia del padre auténtico, el padre adoptivo de una mujer, al envejecer, no se convertirá jamás en objeto genuino de pupilaje para su hija ficticia. Todo cuanto puede esperar es la situación del obje-

to incompleto de pupilaje..., es decir, si tiene suerte, podrá disfrutar, con el tiempo, del altruismo femenino.

Como *recompensa*, él legará su patrimonio y la mensualidad que se le pagará puntualmente a ella después de su muerte. Una vez fallecido, la mujer le sobrevivirá —según rezan las estadísticas— seis años aproximadamente, más los que representaban la diferencia de edades.

Prescindiendo por una vez de la mujer, cabría aducir que un protector, es decir, quien tiene a su cargo el aprovisionamiento de la pupila, podría coaccionarla cuando le viniera en gana. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que no puede hacer. Si pudiera, habría comenzado por cortar el aprovisionamiento. Al fin y al cabo, el trabajar para otros no es un placer. En verdad, el impulso protector es algo tan elemental que nadie puede sustraerse a él. Ni las propias mujeres han conseguido dominarlo hasta ahora. Tan sólo en su caso la satisfacción del impulso protector está asociada raras veces con grandes fatigas. Aun cuando fueran ellas quienes desearan tener hijos —pues el hombre tiene ya suficiente prole con su esposa—, el encargado de sustentarlos sería siempre el marido. El impulso protector es polivalente, lo cual significa que el ser humano puede tener varios objetos de pupilaje a un tiempo. Cuando nace el primer objeto auténtico de pupilaje, la esposa pasa a ser simplemente la hija primogénita de su marido. Una mujer con hijos tiene doble ventaja: satisface su impulso protector y, al propio tiempo, se asegura el propio aprovisiona-

miento sobre una base más sólida todavía. Siendo madre de auténticos objetos de pupilaje es preciso abastecerla, aunque ya no parezca tan indefensa como debería requerirlo ese papel.

El poder del hijo sobre sus padres —el poder del más débil sobre el más fuerte en términos biológicos— es una ley natural. Puesto que los niños pequeños no pueden procurarse todavía el sustento, perecerían si no ejerciesen ese poder sobre los sentimientos del adulto. Es muy natural que los padres se precipiten hacia casas en llamas o se arrojen a ríos de corriente violenta si sus hijos se hallan en peligro. Asimismo se ha hecho natural que los hombres vayan a las guerras por sus mujeres. Pues el hombre que representa el papel de padre con su esposa, es impotente ante ella.

LA IMPOTENCIA DEL AMANTE

Si el hombre quisiera, por su parte, ejercer poder sobre la mujer, tendría sólo un recurso: siguiendo el ejemplo femenino, debería condicionar su instinto sexual. Si lograra mostrarse tan indiferente como la mujer, ésta no podría ya engatusar con el sexo a un proveedor. No tendría poder sobre él como compañera sexual, porque el hombre dependería tanto o tan poco de ella como ella de él. Si los hombres practicasen provisionalmente la abstinencia, conseguirían incluso normalizar hasta cierto punto el instinto sexual femenino. Y, entonces, quizás algún día, las mujeres los codiciarán tanto como ocurre hoy a la inversa. Desde luego, el hombre aún no ejercería un poder absoluto sobre la mujer —pues sólo sería su objeto de pupilaje en casos muy excepcionales—, pero sí se aproximaría considerablemente a la equiparación.

Sin embargo, los hombres han capitulado de antemano frente a la desorbitada indiferencia feme-

nina, o, por lo menos, nos da esa impresión. Verdaderamente, no puede decirse que las mujeres tengan reparos en hacer pública su frigidez. Antaño solían declarar: «Los hombres quieren siempre lo mismo.» Lo que equivalía a decir que ellas no «le» atribuían valor alguno, sino, más bien, «lo» despreciaban. Hoy son todavía más explícitas: los combativos periódicos feministas hacen entusiásticos panegíricos de ciertos científicos como si fueran astros cinematográficos. Éstos han demostrado que las mujeres pueden tener hasta cincuenta orgasmos diarios y los hombres sólo cinco como promedio, que las mujeres alcanzan fácilmente la acmé a los noventa años, mientras que los hombres sexagenarios encuentran grandes dificultades para lograrlo. Semejantes noticias aterrarían a cualquier ser humano con una libido normal: es algo así como si se anunciara el racionamiento del agua potable o del oxígeno respirable. Pero las mujeres sólo ven en ello un triunfo adicional del principio femenino.

Hoy prospera en los Estados Unidos un movimiento que ha inscrito sobre sus banderas el lema del separatismo sexual: según parece, las mujeres se infunden ánimos unas a otras con objeto de no tolerar nunca más el humillante coito. No es casual que Lisístrata perteneciera al sexo femenino: un hombre habría renunciado apenas realizado el primer intento. Para Lisístrata aquello significó, tan sólo, el endurecimiento pasajero de un chantaje practicado cada día. La renuncia a toda sexualidad, sobre todo cuando favorece una «causa justa» no representa ningún sacrificio para las mujeres.

Ante una argumentación tan contundente, cual-

quier hombre razonable comprenderá que, pese a los mejores propósitos para dominar su libido, no podrá llegar jamás tan lejos como una mujer corriente. Puesto que le resulta tan difícil alcanzar la libertad total, opta por la esclavitud total en lo sucesivo y agrega, como si tal cosa, la impotencia del amante a la del padre. Puesto que no puede dominar a su mujer, la coloca inmediatamente sobre un pedestal y le implora clemencia de una forma desenfundada. Ciertamente, a veces logra satisfacer —según veremos más adelante— sus dos impulsos sociales más importantes con dos mujeres distintas y repartir así su dependencia entre dos personas. Pero ambas son femeninas: por tanto, seguirá dependiendo unilateralmente de la mujer en sí, del sexo femenino.

Para salvar su dignidad, ha dado al hecho de que él persigue a la mujer, y ésta, sin embargo, lo acecha raras veces, una denominación halagadora con arreglo a su escala de valores: *agresividad masculina*.

La agresividad masculina consiste en hacer una propuesta de ayuntamiento carnal a la mujer codiciada y esperar pacientemente hasta que ésta responda con un sí o un no rotundo. Los hombres hábiles y discretos pueden acrecentar sus probabilidades mediante la dispersión: si presentan simultáneamente su proposición a varias mujeres, será mucho mayor la posibilidad de una respuesta positiva, si las circunstancias lo permiten. Los hombres partidarios de tal método se hacen famosos como individuos particularmente agresivos. Ellos mismos se

han vedado la verdadera agresividad —violación de la mujer— por los conductos legales.

El desorbitado entusiasmo femenino, a veces casi histérico, ante las personificaciones del sexo masculino —digamos famosos actores o cantantes— parece desmentir todo lo dicho y, sin embargo, esos símbolos del sexo masculino tienen siempre un denominador común: su inasequibilidad para las mujeres que los codician. Aquí sí se puede dar rienda suelta a la libido, pues no hay el menor riesgo de que la concupiscencia tenga consecuencias negativas.

Los hombres asequibles son objeto de un examen minucioso e inmediato para calibrar sus aptitudes como padres adoptivos, aun cuando ese período de prueba tenga lugar con creciente frecuencia bajo la socapa de un apasionado idilio. Al soltero bien parecido y codiciable, cuyos esfuerzos para salvarse de las manifiestas ofertas resultan evidentes, le va bastante mejor aunque sólo aparentemente. Desde luego, se acuesta con más mujeres y consigue llevarlas a la cama antes que muchos otros; ahora bien, cuando no hace una oferta de adopción en el tiempo más breve posible, pierde todas esas oportunidades para beneficio de los competidores y prohijadores potenciales. El gran consumo de compañeras sexuales que se atribuye a tales hombres, tiene una causa primordial: ninguna se queda mucho tiempo con ellos. Sobre todo, las mujeres realmente deseables, es decir, aquellas con medios suficientes para escoger, no pierden el tiempo. Tan pronto como se aseguran de que tal o cual hombre no las adoptará jamás, levantan el campo y se des-

lizan bajo la sábana de un proveedor que no sólo «busca su propio placer», sino que «la quiere de verdad».

Asimismo «el himeneo sin certificado de matrimonio» es casi siempre una adopción: la única diferencia consiste en que la protegida conserva su propio apellido al menos por algún tiempo. Justamente esta forma cada vez más popular de la planificación familiar evidencia el poder femenino: la mujer ha comprendido, al fin, que no es necesario, ni mucho menos, proporcionar una base jurídica a los designios del provisor. Todo lo contrario: precisamente mediante esa renuncia a la legalidad, un hombre puede sentirse más vinculado todavía con su compañera. Sin duda, él pensará que esa mujer, a diferencia de otras muchas conocidas suyas, se ha prendado tan sólo de su persona. Ahora bien, los objetos auténticos de pupilaje creados por esa unión llevarán en cualquier caso su apellido..., y casi parece ocioso decir que él proveerá a toda esa familia «ilegítima».

EL SEXO MÁS DÉBIL ES EL MÁS FUERTE

El instinto sexual y el impulso protector constituyen la base de aquellas estructuras cuyo poder tenga un origen biológico: quien necesite de otra persona (quien ame) para satisfacer uno o ambos impulsos, caerá en la dependencia. Quien pueda atraer hacia sí las demandas de otro respecto a la susodicha satisfacción (quien sea amado), ejercerá poder sobre ese otro. El poder es la capacidad para convertirse unilateralmente en objeto de amor de otro ser.

Como ya hemos visto, sólo el sexo femenino está capacitado para convertirse en objeto de los impulsos masculinos sin tener que satisfacer sus propios impulsos con hombres. Las mujeres tienen hijos para satisfacer su impulso protector y, por otra parte, poseen tal dominio sobre su propio instinto sexual que no se exponen nunca a depender de los hombres. Así, pues, cuando se dice que un sexo gobierna al otro, ese sexo dominante sólo puede ser el femenino, jamás el masculino.

«La primera opresión social —dice una famosa sentencia de Friedrich Engels— es la opresión de la mujer por el hombre.» Engels confundió la violencia con el poder. Cometió el error, como lo hicieron después muchos izquierdistas, de transportar sin discernimiento las estructuras autoritarias fundadas en la violencia física, al terreno de la pugna entre sexos. Engels creyó —sólo porque el hombre tiene mayor fortaleza física— que el individuo masculino ejerce también poder sobre la mujer. Tal vez se pueda avasallar a una clase social mediante la fuerza física, pero nunca ejercer poder sobre un sexo.

En otras palabras: los opresores potenciales no son los más fuertes, sino los más desvalidos, y el tirano potencial no es el codiciador, sino el codiciado. Si casi todas las mujeres evidencian una inferioridad física e intelectual, y si los hombres las codician más, entonces la «primera opresión social» no será la de la mujer por el hombre sino la del hombre por la mujer. Generalmente, a una mujer sólo le irán mal las cosas cuando su marido sufra descalabros desde mucho tiempo atrás.

El poder femenino es la infraestructura de todas las estructuras del poder. Aquellos sistemas sociales cuyo dominio no se funde en la satisfacción de los instintos, sólo podrán ser superestructuras de dicha infraestructura... y sus dirigentes gobernarán siempre solamente esas pequeñas áreas a las que no atribuyen ningún valor los compañeros sexuales y los objetos de pupilaje. Un sistema que no respete el poder del sexo más potente estará condenado de

antemano al fracaso: se quedará sin partidarios. El poder del sexo más potente es incluso la premisa para que funcionen otros sistemas dominantes. Sin el asenso de la mujer, hubieran sido impracticables el fascismo, el imperialismo o la Inquisición. Sin su dependencia de la mujer, los hombres no habrían podido ser instrumentos de tales sistemas. Sólo un ser humano vinculado a otro por mediación de sus principales impulsos sociales —digamos un cabeza de familia— puede someterse a la violencia de algún sistema secundario y verse obligado a cometer actos de terrorismo, fariseísmo y traición. El poder femenino contribuye al despotismo de otros.

Prelados, estadistas y dictadores conocen esa ley tácita. La acción política más importante de un gobernante consiste en cortejar y halagar a las mujeres. Ellos saben lo que se hacen: una vez se ganen el favor de las mujeres, captarán automáticamente a los hombres. Mientras la Iglesia siga recomendando a la mujer cual objeto de pupilaje, logrará que el hombre inculque a sus hijos esa fe en el ser incorpóreo tan necesaria para su subsistencia. Mientras los políticos prometan lenitivos sociales para las mujeres, podrán mantener el servicio militar exclusivamente para hombres o jubilar a los hombres a una edad más elevada. Mientras los dictadores prescindan de ejércitos femeninos no tendrán dificultades para organizar sus guerras y movilizar a los reclutas masculinos.

La Iglesia sólo se fortaleció verdaderamente cuando declaró digna de adoración a la mujer —to-

mando como referencia la Virgen María—, y hoy día su dominio se mantiene intacto únicamente allá donde permanece intacto el culto mariano. Jesús descuidó la asociación con las mujeres, y cierta vez dijo a su Madre: «Mujer, ¿qué he de hacer contigo?» Asimismo, el apóstol Pablo, antifeminista, tuvo poca fortuna. Solamente con la institucionalización del objeto femenino de pupilaje se aseguró, por fin, un inmenso auditorio para Cristo.

Consecuentemente, es muy posible que los grandes revolucionarios sociales hayan inventado la «mujer oprimida» con una finalidad táctica y traicionando sus propias convicciones. En páginas anteriores hemos afirmado que Engels confundió el poder con la violencia y, sin embargo... tal vez fuera todo lo contrario: quizás él percibiera ese poder femenino y lo movilizara deliberadamente para hacerlo contribuir al triunfo de su propio sistema.

Parecería extraño que precisamente unos hombres como Marx y Engels, Lenin y Mao, concedores insuperables del medio proletario, creyeran seriamente que la mujer del trabajador lo pasaba peor que el propio trabajador..., es decir, parecería extraño si ellos no hubiesen sabido a ciencia cierta que la mujer del trabajador —no obstante su miseria y proliferación— se llevaba siempre la mejor parte de la inhumana existencia proletaria cuando comenzaba la industrialización. Si esos revolucionarios y otros muchos se proponían mejorar el destino del proletariado, no tenían más remedio que asociarse con las proletarias y maniobrar como si la lucha se librara, ante todo, por su causa. Aquella táctica fue hábil y legítima pero... ¡cuánta con-

fusión sembró en las mentes de los adeptos!

Asimismo, Adolf Hitler hizo suya esa táctica... aunque con designios muy distintos. Sin el apoyo de la «mujer alemana», un ditirambo inventado por él, jamás hubiera sido posible su marcha hacia la dictadura ni tampoco, en último término, sus mantanzas. Ya que los poderosos de la nación no eran hombres, él pudo plantear abiertamente su programa gubernamental: guerra contra los países vecinos y persecución de una raza. Según sabemos, fueron las mujeres quienes lo aclamaron con más entusiasmo. Ahora bien, no interpretemos esto en el sentido de que las mujeres favorecen más la guerra que los hombres —en definitiva, ¿quién desea una guerra?—, pero, sin duda, se oponen menos a ella. Puesto que no se las envía al frente, corren menos riesgos en caso de conflicto bélico, y como sus pensamientos son menos abstractos les cuesta imaginar la muerte en toda su crudeza. Por otra parte, nadie pudo suponer que un gobierno democrático como el inglés ordenase arrojar bombas sobre la indefensa población civil (demostrablemente, los bombardeos de las ciudades no tuvieron utilidad alguna; tan sólo el aniquilamiento sistemático de las instalaciones industriales puso fin a la guerra) e hiciera matar a medio millón largo de mujeres y niños. Pero los bombarderos británicos fueron pilotados por hombres, y quizás estribara ahí el motivo de que las inglesas no mostraran excesiva preocupación. Asimismo, en el país de las sufragistas se luchó sin duda por el derecho electoral de la mujer, mas no por la participación laboral femeni-

na en las industrias de guerra. Aun cuando el sexo femenino sea nominalmente tan responsable de la guerra como el masculino, en cualquier país donde se le conceda el derecho electoral, una gran mayoría de mujeres no quieren figurar como copartícipes, sino hacerse pasar por pacifistas. En la Alemania de posguerra no se procesó a ninguna de las numerosas mujeres casadas que habían subsistido durante años con los sueldos percibidos por los esbirros de KZ*.

Aparte las muchachas afiliadas a movimientos militantes de la izquierda radical, la gran masa femenina no ha corrido hasta ahora ningún riesgo. Asimismo, durante la guerra de los Seis Días y la de Yom-Kippur, se empleó exclusivamente a las mujeres-soldados del Ejército israelí para el avituallamiento. Allá donde haya disparos habrá siempre un hombre. El más poderoso decide quiénes deben morir: y el más poderoso es la mujer.

EL SÍNDROME PATERNO

* Campos de concentración. (N. del T.)

¿CÓMO SE ORIGINA UN SÍNDROME PATERNO?

La mujer parece algo así como una solución patentada para la satisfacción de los ideales masculinos. Porque, a primera vista, parece, efectivamente, que uno pueda hacerla reaccionar con dos de los tres impulsos fundamentales: el instinto sexual y el de protección. Pero esa apariencia engaña. El querer proteger a un ser humano y el codiciarlo sexualmente representan dos actitudes básicas tan distintas que uno tropieza con enormes dificultades para lograr concentrarlas en una y la misma persona durante largo tiempo. Quien proteja a alguien querrá darle algo. Quien codicie a alguien querrá recibir algo. Dar y recibir son términos antitéticos.

Sin embargo, el hombre intenta con la terquedad de un Sísifo satisfacer ambos impulsos con una y la misma persona. Y, a lo largo de ese proceso, muestra la mejor voluntad posible. Pero como

sus planes están condenados de antemano al fracaso, tales esfuerzos resultan ser casi siempre baldíos. Primero, él cree que la culpa es suya. Luego achaca la culpabilidad a su compañera. Frecuentemente hace un nuevo intento con otra y comienza desde el principio. Los resultados son idénticos.

Ese juego se prolonga hasta el amortiguamiento del instinto sexual, mientras que el impulso protector gana cada vez más terreno. Así, entre los cincuenta y sesenta años, el hombre se conforma casi siempre definitivamente con el papel paternal; la amante le hace soñar sólo en contadas ocasiones. Encuentra la mujer a cuyo lado quiere envejecer... y la llama «mujer ideal», «mujer para toda una vida», o bien retorna al hogar si tiene una familia, se acomoda definitivamente en el regazo femenino y se vuelve «formal». «Ahora soy soberano —dice para sí—, he metido en cintura a las mujeres.» Lo cierto es que su interés sexual ha menguado.

Esa situación esquizofrénica, motivada porque las mujeres se ofrecen con un doble papel a los hombres y porque éstos lo aceptan así casi siempre, origina una cadena interminable de interpretaciones erróneas entre ambos sexos. Y, claro está, acarrea también consecuencias catastróficas a la moral sexual masculina. Es causa de esos tabúes y perversiones sexuales que nosotros sintetizamos con la denominación de *síndrome paterno*. He aquí sus principales distintivos: *incesto, poligamia, mojigatería*.

Muchos hombres padecen los tres síntomas a un tiempo, otros consecutivamente, y en algunos se

manifiesta sólo uno mientras los demás permanecen latentes. Verdaderamente, los únicos hombres inmunes son aquellos a quienes no les interesan las mujeres, es decir, hombres con una libido débil, ancianos y homosexuales. En los siguientes capítulos examinaremos cada uno de esos síntomas.

ADOPCIÓN E INCESTO

Aquellos hombres que cuando eligen compañera asignan un lugar preferente al impulso protector y, por consiguiente, toman mujeres de rasgos particularmente infantiles —mucho más jóvenes e ignorantes, más pequeñas y débiles— se ven ante la necesidad de satisfacer con sus pupilas el instinto sexual junto con el impulso protector. Ello significa que duermen con una persona a la cual tienen por su hija y, de resultas, cometen incesto.

Desde luego, ellos no perciben conscientemente que se trate de incesto. También les resulta difícil comprender que un hombre cohabite con una mujer animado por su impulso protector..., pues aquí sólo salta a la vista lo sexual. Sin embargo, todos los sentimientos altruistas que le inspira esa mujer —el deseo de ampararla y defenderla, trabajar y luchar por ella— son los de un padre respecto a su hija y no los de un amante respecto a su esposa.

En la «adopción», un hombre apenas puede esta-

blecer diferencias entre los sentimientos paternos y los de un amante. Si tiene suerte conocerá el sentir del amante, pero ignorará todavía los del padre. Cuando la mujer le inspire por vez primera este sentimiento, él lo comparará con sus sentimientos precedentes respecto a las mujeres y descubrirá una enorme diferencia: jamás quiso sacrificarse por los amores anteriores. Así, pues, ve ahí la prueba de que éste es el gran amor, el auténtico, el que esperara durante tanto tiempo. Entonces define a la nueva mujer como «mujer para el matrimonio»... mientras las otras recibían la denominación adicional de «mujeres para la cama». Mucho más tarde, cuando se convierte realmente en padre, identificará aquellos sentimientos iniciales y comprobará que sus hijas le hacen sentir, más o menos, lo mismo que su esposa. Si es sincero se hará la confesión de haberse casado con ella menos por sus cualidades de compañera sexual que por las de pupila. Ahora bien, en caso de total ausencia de cualidades de compañera sexual, tampoco se hubiera casado.

Un hombre con esposa-hija percibe que algo no funciona como debería... y, sin embargo, le resulta difícil poner el dedo en la llaga. Durante el acto carnal tiene la impresión de estar solicitando algo indecente a esa mujer, algo que verdaderamente no le corresponde. Él quisiera respetarla —aunque, por otra parte, no ve ningún motivo concreto para obrar así y, de resultas, tampoco lo hace—, pero, sea como fuere, sus relaciones sexuales le causan remordimientos de conciencia. No consigue desechar la impresión de que alguien le está haciendo un inmenso favor al

cual deberá corresponder con mucho agradecimiento lo antes posible.

En tiempos pretéritos, cuando las mujeres iban todavía vírgenes al matrimonio y, por añadidura, la diferencia de edades entre ambos cónyuges era todavía mayor, se hacían especialmente ostensibles los nexos entre adopción e incesto: tras la ceremonia nupcial, el novio debía abusar o poco menos de su protegida. Hoy día, gracias a la nueva moral sexual, los hombres tienen, por lo menos, oportunidad de habituarse paulatinamente a la situación. El matrimonio, antigua condición previa para el incesto, adquiere cada vez más una forma de desagravio.

Al ser padre contra su voluntad, el hombre no tiene más recurso que abrir brecha en la barrera incestuosa hacia «su esposa». No siendo ella una hija auténtica de su marido, sin sólo una «seudohija» la cuestión resulta, hasta cierto punto, menos peliaguda, claro está, porque además, en este caso, el incesto tampoco es auténtico, sino solamente un seudoincesto. No obstante, esa manipulación relativa de los impulsos acarrea algunas consecuencias. El consultorio del psicoanalista nos muestra hasta qué grado explotan las represiones incestuosas de muchos hombres, quienes suelen abordar el verdadero incesto, por lo menos, en sus desvaríos mentales. El hecho de que algunos padres forjen visiones sexuales respecto a sus hijas adolescentes, es una ocurrencia cotidiana según manifiestan los terapeutas. El psicoanálisis, siempre presto a descubrir toda clase de complejos, no ha intentado siquiera librar a los hombres de tales visiones. La úni-

ca preocupación del analista consiste en que tales pesadillas creen un complejo de culpabilidad a su paciente. Por tanto, no se cansa de asegurarle que todo eso es «normal».

Se está haciendo normal, en efecto. Así lo confirman reiteradamente las cifras sobre perpetración de incestos auténticos, cópula entre parientes de primero y segundo grado, pues aquí las relaciones padre-hija ocupan un lugar preferente. Cierta investigación sobre el incesto patrocinada no hace mucho por el Gobierno sueco respecto a todos los casos conocidos en Suecia durante los últimos veinte años, nos proporciona los siguientes datos estadísticos: el 60 % de las relaciones incestuosas se producen entre padre e hija, el 20 % entre hermano y hermana, y sólo el 1 % entre madre e hijo. El restante 19 % comprende las relaciones entre hombres y sus nietas o sobrinas.

Un hombre cuyo empeño sea el de concentrar los instintos sexual y protector en una mujer y, por añadidura, haya tropezado con una compañera extremadamente infantil, se verá ante una situación esquizofrénica muy especial. No es de extrañar, pues, que su comportamiento le parezca excéntrico no pocas veces a la elegida: en ocasiones, halagador, otras, execrable; unas veces la viola, otras, se humilla ante ella; unas veces la maltrata y, otras, quisiera morir por ella. Sin embargo, todo ello debe ser así. Puesto que el impulso protector y el instinto sexual son inconciliables en el fondo, un hombre no tiene ninguna posibilidad salvo la de osci-

